



Antonio Hernando
Secretario de Estado de
Telecomunicaciones e
Infraestructuras Digitales.

Inteligencia Artificial, mucho más que un cambio tecnológico

La Inteligencia Artificial es mucho más que una mera tecnología. Implica una transformación social profunda. La Inteligencia Artificial no solo automatiza procesos: reordena las relaciones de poder, redefine quién decide, quién sabe y quién obedece. Como ocurrió en el pasado con cambios estructurales como la imprenta, la revolución industrial o la llegada de la electricidad, no estamos ante una mera innovación sectorial, sino ante un momento histórico que obliga a redefinir ámbitos clave sobre cómo gestionamos la economía, la política o la sociedad.

La Inteligencia Artificial

ha irrumpido como una tecnología profundamente disruptiva que, en muy poco tiempo, ha reconfigurado de manera estructural la forma en que la sociedad produce, decide, se comunica y ejerce el poder. Se ha incorporado al debate público y en la percepción general con las características de una herramienta: velocidad, eficiencia, precisión.

Pero es mucho más que una mera tecnología. Implica una transformación social profunda. La IA no solo automatiza procesos; reordena las relaciones de poder, redefine quién decide, quién sabe y quién obedece.

Como ocurrió con cambios estructurales en el pasado como fueron la imprenta, la revolución industrial o la llegada de la electricidad, no estamos ante una mera innovación sectorial, sino ante un momento histórico que nos obliga a redefinir ámbitos clave sobre cómo gestionamos la economía, la política o la sociedad.

En la práctica actúa como un multiplicador sistémico sobre múltiples dominios: productividad, innovación científica, defensa, inteligencia económica, diplomacia o política. Su impacto es inmediato y actúa sobre ellos de forma transversal, interconectándolos

y transformándolos de forma profunda.

El rasgo distintivo de la Inteligencia Artificial es que no actúa sobre el ámbito material, sino sobre el conocimiento, la decisión y la conducta, convirtiendo al dato en el elemento clave de su funcionamiento. De su calidad, disponibilidad, trazabilidad y gobernanza depende tanto el rendimiento de los sistemas como su legitimidad, justificación o su propia legalidad.

Por tanto, la gestión del dato y del algoritmo es una cuestión estratégica, ética y política. Garantizar datos representativos, fiables y correctamente contextualizados resulta imprescindible para evitar sesgos que produzcan decisiones discriminatorias, al tiempo que exige marcos sólidos de protección, soberanía y responsabilidad que alineen el desarrollo tecnológico con los derechos fundamentales y los objetivos colectivos.

El rasgo distintivo de la Inteligencia Artificial es que no actúa sobre el ámbito material, sino sobre el conocimiento, la decisión y la conducta convirtiendo al dato en el elemento clave de su funcionamiento.

Todo este fenómeno trae como consecuencia un cambio en cómo se manifiesta el poder. Hasta fechas muy recientes el poder se articulaba en torno al control del territorio, del capital financiero o de la mera aplicación de la fuerza, mientras que el poder del algoritmo detrás de la inteligencia artificial se muestra en la capacidad de predecir, clasificar e influir. El desafío central ya no es solo lo que puede hacer la IA, sino quién la controla, cómo se gobierna y con qué fines.

Impacto en política. Del gobierno de las personas al gobierno de los sistemas

El poder político moderno se ha construido sobre principios como el intercambio de pareceres, la corresponsabilidad y la soberanía popular. La Inteligencia Artificial supone un cambio relevante en este equilibrio. La recomendación del algoritmo sustituye a la deliberación humana, bajo la premisa de tomar decisiones más informadas y eficientes. Las decisiones del sistema pueden anticipar comportamientos, optimizar políticas públicas o priorizar riesgos, pero se corre el riesgo de convertir el rol del gobernante en un mero

gestor de soluciones técnicas en vez de diseñador de decisiones políticas.

Este enfoque no es neutral. El algoritmo no delibera, ejecuta su programación. No responde ante la ciudadanía ni ante la sociedad, sino que cumple con sus criterios de diseño. Surge la pregunta: ¿quién asume la responsabilidad política ante decisiones que toma una máquina, más eficiente que el ser humano, pero que ejerce su función a través de modelos que la gran mayoría de la sociedad no comprende y difícilmente puede cuestionar?

A medida que la ciudadanía recurre a asistentes de IA para informarse (y no tanto a buscadores o medios), las empresas que controlan esos sistemas acumularán un poder político extraordinario: podrán decidir cómo y qué información se ofrece, qué argumentos se presentan y qué contenidos se ocultan.

No es tanto el poder de censurar el contenido o el argumento, sino que se redefine lo que se puede decir y lo que está en el ágora público y, por tanto, establece los temas del debate democrático.

La IA tiene la capacidad de llevar a un siguiente nivel la

microsegmentación, generando mensajes hiper personalizados. La asimetría de recursos puede traducirse en ventajas desproporcionadas para quien disponga de la capacidad, el conocimiento y los medios para aprovechar todo el potencial que permite la IA, alterando la equidad competitiva en el mercado político de ideas.

En conclusión, la IA no elimina la política, pero la reconfigura. Nos obliga a decidir qué ámbitos se puede automatizar y qué ámbitos deben estar siempre bajo decisión humana, aún a costa de perder eficiencia.

Impacto en la economía. La acumulación del capital cognitivo

El capitalismo contemporáneo se caracteriza por un cambio profundo de sus formas de acumulación y de poder, marcada por la centralidad de lo digital, la excesiva componente financiera de la economía y la creciente concentración corporativa. La extracción y explotación de datos, la expansión de plataformas y la automatización reconfiguran la producción, el consumo y el trabajo, al tiempo que desplazan riesgos hacia los individuos y erosionan marcos clásicos de protección social. Paralelamente, la lógica financiera se impone sobre la economía productiva, condicionando decisiones empresariales y políticas públicas, mientras la globalización se reordena bajo tensiones geopolíticas y estratégicas.

La IA actúa como un potente acelerador de las tendencias del capitalismo contemporáneo. Tres nuevos recursos estratégicos:

El poder del algoritmo detrás de la Inteligencia Artificial se muestra en la capacidad de predecir, clasificar e influir. El desafío central ya no es solo lo que puede hacer la Inteligencia Artificial, sino quién la controla, cómo se gobierna y con qué fines. Por ello, la gestión del dato y del algoritmo es una cuestión estratégica, ética y política.

datos, capacidad de cómputo y modelos algorítmicos se imponen a los factores clásicos de producción. El control de estos recursos supone el dominio no solo de los mercados, sino de los flujos de conocimiento y de las posibilidades de innovación.

La consecuencia es una concentración inédita de poder económico. Grandes plataformas tecnológicas acumulan ventajas estructurales que desbordan la lógica tradicional de la competencia. No se trata solo de tamaño, sino de asimetría de control y de capacidad cognitiva: unos pocos actores comprenden y modelan sistemas que afectan a millones de personas, empresas y Estados.

En una entrevista en el diario *El País* de 21 de marzo, la escritora Jeanette Winterson decía que "la IA podría ser lo mejor que nos haya pasado nunca si no fuera porque está en manos de hombres estrechos de miras, egoístas

y enloquecidos por el poder".

La IA está comenzando a transformar profundamente las relaciones económicas al modificar la forma en que se produce, se intercambia y cómo la sociedad asigna el valor al producto. Al automatizar procesos, optimizar cadenas de suministro y mejorar la toma de decisiones basada en datos, la IA puede incrementar la productividad y generar nuevas oportunidades de crecimiento económico.

Empresas y mercados pasan entonces a operar con una lógica más predictiva, donde el riesgo se calcula mejor y los recursos se asignan con mayor eficiencia. Esta transformación puede traducirse en bienes y servicios más accesibles, en nuevos modelos de negocio y en una reorganización del trabajo que libere a las personas de tareas repetitivas para orientarlas hacia actividades de mayor valor añadido.

En este enfoque, es muy

relevante el impacto que se produce en el trabajo. La IA sustituye tareas, haciendo prescindibles a un porcentaje no concretado de trabajadores. Pero su impacto va más allá, el riesgo no es únicamente el desempleo, sino la división que puede llegar a producirse en la sociedad entre quienes diseñan sistemas y quienes son simplemente gestionados por ellos.

La pregunta ya no será cuánto produce una economía, sino cómo lo produce y quién percibe los beneficios. La IA no determinará por sí sola el rumbo de las relaciones económicas: es la decisión política y social sobre cómo integrarla la que definirá si se convierte en un instrumento de progreso compartido o en un factor de erosión de los derechos sociales.

Impacto social. La influencia sin rostro y cuando la predicción sustituye al sentido

El impacto de la IA en la sociedad contrasta con otras revoluciones tecnológicas previas. No actúa de forma explícita, sino que poco a poco va modulando preferencias, visibilizando contenidos, sugiriendo, proponiendo y priorizando. Se presenta como neutral, pero en la práctica preconfigura el objeto y el ámbito de decisión.

También supone un cambio en cómo nos relacionamos con el conocimiento. Hasta fechas recientes el conocimiento era el resultado de la interpretación de los datos, de la causalidad de sus efectos y de hallar un sentido en el proceso. La IA se basa en la correlación, la probabilidad y el



resultado estadístico. No se necesita comprender el por qué ocurre algo, sino que es suficiente con que ocurra de forma predecible.

La IA, por ello, puede transformar las ideas que articulan y movilizan una sociedad de manera gradual e imperceptible. Los sistemas algorítmicos operan como infraestructuras invisibles de selección y priorización de información frente a las formas tradicionales de influir en la sociedad, como la cultura en sus diferentes manifestaciones, prensa, medios audiovisuales o la propia acción política.

La IA determina qué contenidos se muestran y cuándo, generando de facto un criterio compartido sin necesidad de imponer ideologías explícitas o narrativas concretas. El algoritmo consolida la interpretación de la realidad, lo que favorece la generación de creencias sociales y determina lo que es normal y aceptado.

Giuliano da Empoli en *La hora de los depredadores* (Seix Barral, 2025) manifiesta de forma pesimista que "en un futuro muy próximo, los médicos, los contables y los abogados deberán adaptarse a las instrucciones que determine la IA y justificarse en el caso de que decidan optar por un comportamiento divergente. Sólo los más poderosos tendrán margen de maniobra, y aun así, quién sabe por cuánto tiempo".

Lo que tiene realmente relevancia en la sociedad no provendrá de los criterios profesionales y contrastados de los expertos, la discusión o el debate, sino de procesos que están optimizados para cautivar nuestra atención

y determinar nuestro comportamiento. En la mayoría de los casos no estamos ante nuevas ideas, sino que dentro de las existentes se priorizan algunas, de tal manera que no seamos conscientes del proceso. Algunas de esas ideas son muy viejas y están ampliamente superadas por la evolución de la sociedad, pero ahora se presentan en celofán digital, como soluciones fáciles y con un lenguaje supuestamente fresco y directo.

Esta influencia es especialmente significativa cuando los sujetos desconocen los criterios de funcionamiento de los algoritmos, lo que debilita la capacidad crítica y favorece la interiorización sin cuestionárselas de determinadas narrativas sociales.

La autonomía individual se redefine, por tanto, como elección dentro de un marco diseñado por sistemas que aprenden de nuestras propias conductas. Cuando el algoritmo fragmenta y optimiza la experiencia social para cada uno de nosotros se pierde el vínculo social.

Este desplazamiento tiene implicaciones políticas y culturales profundas. Una sociedad que confunde predicción con verdad corre el riesgo de renunciar al juicio crítico. Lo más eficiente no tiene porque ser lo más ético.

La Inteligencia Artificial como cuestión moral y política

El impacto de la IA sobre el poder político, económico y social dependerá de las decisiones colectivas que se adopten hoy. El riesgo no está en la adopción de la tecnología sino en nuestra renuncia a la toma de decisiones,

en normalizar la idea de que gobernar, producir o convivir puedan ser abordados como problemas técnicos de optimización, despojados de su dimensión política y normativa.

Frente al optimismo tecnológico y el rechazo tecnófobo, surge una tercera vía: la gobernanza del poder algoritmo. Es un trabajo compartido: Estados con capacidad de regular, instituciones que comprendan la tecnología y ciudadanos con capacidad de cuestionarla.

La Inteligencia Artificial nos obliga, así, a repensar el poder en todas sus formas. Y en ese proceso de revisión crítica, lejos de diluir nuestra condición humana, se abre la posibilidad histórica de reafirmarla, situando la tecnología al servicio de la decisión colectiva, la autonomía individual y el interés general.

Adela Cortina concluía una tribuna de *El País* el 11 de marzo de 2026 con esperanza: "la revolución 4.0 debería servir para lograr una comunicación auténtica que haga posible el entendimiento y la cooperación en el camino de una paz justa, más allá de las polarizaciones, los conflictos, los chantajes y las humillaciones a los que se ven sometidos los más débiles si quieren sobrevivir. Aunque solo sea —por decirlo con Kant— porque hasta un pueblo de demonios, de seres sin sensibilidad moral, preferiría la paz a la guerra, el Estado de derecho al estado de naturaleza, con tal que tenga inteligencia. No digamos ya un pueblo de personas humanas con inteligencia general, emociones y sentido moral".

TEMAS